

Lunes 11/05/2009. Actualizado 12:47h.

ETA | Perdió a su mujer y a su dos hijas

Álvaro y su pena: 22 años y un día

play



Vídeo: José Ferrer

- Interior no considera a Álvaro Cabrerizo víctima directa del terrorismo
- 'Muchas veces sueño con una sala llena de ataúdes. Siempre están vacíos'
- La depresión le llevó a la ruina y aún toma tranquilizantes a diario

Pedro Simón | Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)

Actualizado **domingo 10/05/2009 07:31 horas**

Veintidós años después, aún siguen los fantasmas en el salón y **la metralla de imágenes en el cerebro**. No hace falta ser Freud para entender.

- O sea, que todavía sueña con aquello.

- Sí, sí. Muchas veces. Sueño con una sala que está llena de ataúdes. Recorro la sala y los voy abriendo. Siempre están vacíos.

Pasa desde el 19 de junio de 1987.

El padre se levantó y besó en la frente a la pequeña Susi. A la mayor, Sonia. Y a su mujer, Mari Carmen. Cuando la tele dio cuenta de lo que pasaba, Álvaro estaba en el hospital de Sabadell acompañando a un

amigo que acababa de tener un accidente de moto. Levantó la cabeza y se quedó mirando a la pantalla. Aquellos besos... **Se llevó la mano a los labios, dijo "Dios mío"** y, todo escalofrío, intuyó -no sabe por qué- que esa mañana sería la última con sol.

ETA mató a su mujer y a su dos hijas y queda en pie un hombre: pelea contra un cáncer de colon, le cuenta al psiquiatra y, los días que está mal, todavía se mete entre pecho y espalda hasta cuatro tranxilium. Álvaro se columpia en la cornisa de los 63 años y lo que querría muchos días es estar muerto.

Ésta es la historia de tres muertes y un enterramiento en vida. El Ministerio del Interior **no considera a Álvaro Cabrerizo víctima directa del terrorismo**. Por entonces no había móviles y el teléfono de la tienda devolvía una y otra vez un tono cerril como una chicharra. Buscó por media Barcelona. Maldijo y aceleró. Atajó por la montaña. Logró llegar a Hipercor.

-¿ Qué está buscando?

- No sé dónde está mi familia.

- ¿Esa cadena que lleva al cuello?

- Mi mujer lleva una igual.

- ¿Sería usted capaz de ver a las personas que tenemos abajo?

Álvaro tomó aire y dijo que sí, a ver, como para decir que no después de todo un día buscándolas. **Le prepararon el mal trago con un vasito de agua con tranquilizantes** y descendieron a las tinieblas y al caos. Lo que vio no lo debería ver nadie. El hombre que subió horas después jamás volvió a ser el mismo.

Abajo era la morgue improvisada de aquel Hipercor donde, el 19 de junio de 1987, **ETA vomitó 30 kilos de amonal y 100 litros de gasolina**. Los valientes dejaron 21 muertos, 45 heridos y aquel cuadro de los cuatro que colgaba en el salón, quebrado de golpe. Toda tu familia asesinada.

"Ver a tu mujer muerta es muy gordo, una puñalada. Ver a tu hija pequeña sin vida es doble herida. Te agarras a la que te queda viva. Cuando horas más tarde por fin la encuentras asfixiada, pierdes la ilusión y las ganas de vivir. Por qué y para qué aquello. Es lo que les he preguntado siempre". Susi tenía 14 años; Sonia, 16; María del Carmen, 38. Álvaro no descansa en paz.

Desde ese día, **Cabrerizo baja sin frenos por una pendiente de lija**. La onda expansiva del atentado llegó. Su padre murió a los tres meses de un infarto. Su hermana, que vivía en Alemania, abortó "del disgusto". Su madre, la abuela, "se desquició para siempre". El muerto que era Álvaro se arruinó, porque los muertos ni saben de negocios ni andan al dinero. "Era un guñapo. Tuve que cerrar las tiendas que tenía en Andalucía. Los amigos me sacaban el viernes y me dejaban cuando me había gastado todo. Llegué a firmar el aval de un piso y lo tuve que pagar yo. Perdí más de 45 millones".

Se tuvo que ir de Barcelona porque no había Dios que soportara el calendario: **las amigas de sus hijas que crecían eran los años robados de Sonia y Susi**. Repartió los abrigos buenos de la mujer, les dijo a las amigas que cogieran los libros de las niñas que quisieran, los vestidos, los juegos. Dio los sofás y arrancó las cortinas. Miró el mapa y le salió el lugar más lejano, Cádiz, donde echó un ancla que se cubrió de algas.

Y allí se refugió la no víctima directa de ETA que es Álvaro, tapándose los oídos y mirando esa foto en sepiá que viajó con él, que iluminó el nuevo salón como una hoguera.

'No somos personas con suerte'

Lo mejor que le ha pasado desde el atentado trae también nombres de mujer: Lola y Andrea. A Lola - salvavidas y ariete, todo eso es Lola- la conoció hace 13 años. Con ella adoptó a Andrea, una niña colombiana que hoy tiene 16. "Como su hermana Sonia cuando murió".

"No somos personas con suerte. Cuando llevábamos un tiempo juntos, su hijo de 28 años murió. Lola empezó a hablar sola un día. Decía de ir a ver al niño y esas cosas", cuenta. "Hasta que vino nuestra hija. Al poco de llegar, Andrea preguntó quiénes eran los de las fotos. Le dijimos que sus tres hermanos".

De pasarle algo a Álvaro, al no ser considerado víctima directa (sólo lo son los muertos y los heridos), Andrea no tendrá derecho a ninguna ayuda oficial. La vida sigue y en este barco cada uno achica agua a su manera. A Andrea le ha dado por decir ahora que quiere Justicia. Lola lo aguanta todo y le pide a Álvaro que se levante.

Y Álvaro va en alguna ocasión a herriko tabernas o a ciertas prisiones, a echárselos a la cara, cuenta. Aunque sea a verlos de lejos. A ver si le explicaban por qué y para qué aquello.

Aquello está siempre ahí. Cada aniversario de la barbarie, viajan desde Cádiz al cementerio de Cerdañola, donde están enterradas su mujer y sus dos hijas. Le han dicho en Interior que por primera vez desde 1987 le van a abonar los billetes. Menuda suerte la suya. En la combinación de La Primitiva siempre mezcla los mismos números. El del nacimiento de Sonia, el de la edad que tenía Susi, el día en que murieron. Menuda suerte, que nunca toca.

"Hace dos años y medio me detectaron un cáncer de colon. Me quitaron más de un metro de intestino. Me dieron más de 30 sesiones de radioterapia y 40 de quimioterapia. A partir de las cuatro de la tarde tengo que estar en casa quieto para vaciar el estómago. Estuve año y medio haciéndome mis necesidades encima ♦ Pero éstos no son problemas. Los problemas son los de la muerte".

A los dos meses de que le trepanaran el alma, Álvaro se fue hecho jirones a vivir a un ático. Allí sólo había un eco metálico y cortinas arrancadas. También fantasmas.

Ya, iban a ir todos de camping aquel 19 de junio de 1987. Así que lo primero que hizo fue montar la tienda de campaña en medio del salón. Cabían los cuatro de sobra. Cuando estaba deprimido, Álvaro abría la cremallera y se perdía allí dentro.

© 2013 Unidad Editorial Internet, S.L.